

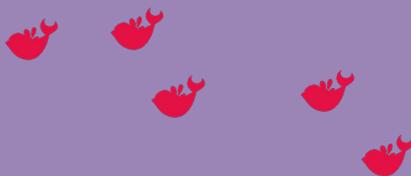


la **g**arcita azul



Revista sobre la literatura en niñas y niños

Zona Educativa y Secretaría de Educación del Estado Bolivariano de
Miranda / Ministerio del Poder Popular para la Educación



Cuentos / Prosa

Número 5

Edición: Zona Educativa y Secretaría de Educación del Estado Bolivariano de Miranda / Ministerio del Poder Popular para la Educación / *Rosa Becerra*

Dirección: *Wladimir Serrano Gómez*

Asesoría, Revisión: *Hermelinda Torrealba Medrano y Rovimar Serrano Gómez*

Agradecimientos: *A Yelitza Ruiz, a Joelys Izturis y a Fedosy Santaella.*

Dibujos en portada: *María Rosa Serrano Torrealba (niña), Wladimir Serrano Gómez (garcita azul)*

Portada: Gidem.

Número: 5

Fecha: Diciembre de 2018

Tema central: **Cuentos / Prosa**

Áreas vinculadas: Literatura, valores, cultura identitaria

Tel: 0058 416 6206388

Disponible en: ■ <http://gidemvenezuela.wixsite.com/gidem/descargas>

Correo electrónico: revista.lagarcitaazul@gmail.com

Depósito Legal: DC2018000093



Zona Educativa y Dirección de Educación del Estado Bolivariano de Miranda / Ministerio del Poder Popular para la Educación



Índice

1- Editorial

3- Sueños de nubes

5- La I Latina

12- Morir y nacer

13- Como si el loco fuera yo

Editorial

Hay quien dice por allí que la poesía no tiene edades... que eso de poesía para niños y niñas y poesía para adultos no es tal, que es una sola.

Y del cuento, ¿cómo decirlo?... ¿quién dijo que son sólo para niños y niñas?

Con estos pensamientos presentamos en esta nueva entrega de *La Garcita Azul*: “**Sueños de nubes**” de Yelitza Ruiz, “**La I latina**” de José Rafael Pocaterra —que seguramente recordarán todos aquellos de dilatada presencia terrenal, “**Morir y nacer**” de la joven Joelys Izturis y “**Como si el loco fuera yo**” de Fedosy Santaella. Cuentos, prosa y micro-cuento...

Como siempre, los ponemos en tus manos... Ahora son tuyos. Y ojalá te hagan volar por mundos que están allí, paralelos dirían algunos, conexos diríamos nosotros.

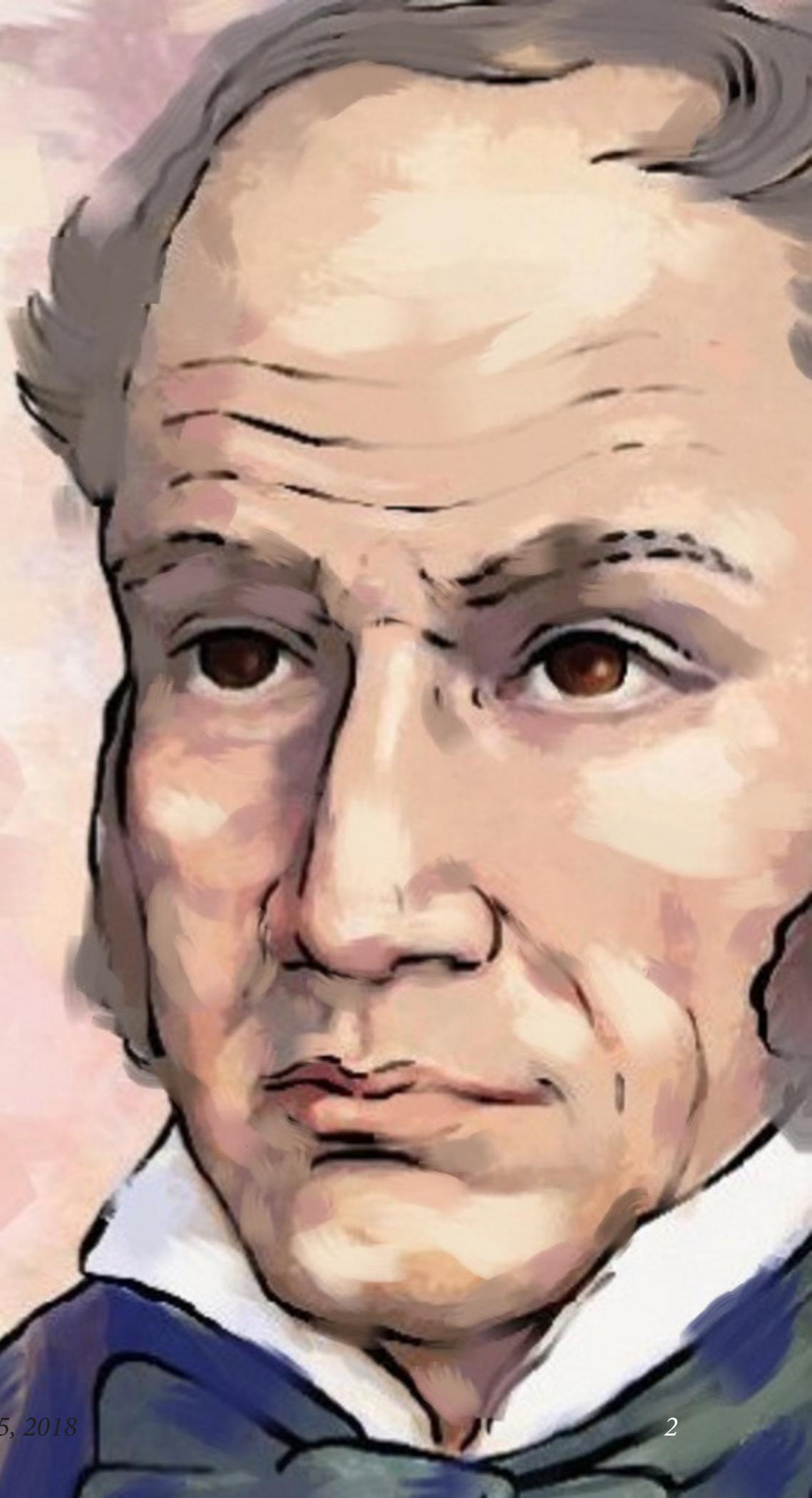
Luego de cada escrito, como nos caracteriza, hemos propuesto algunas actividades.

Reiterándote la invitación a escribir en éste, tu espacio,

WSG.

*¿Dónde iremos a
buscar modelos?
La América
Española es
original.
Original han
de ser sus
instituciones y
su Gobierno
y originales de
fundar unas y
otro.
O inventamos o
erramos.*

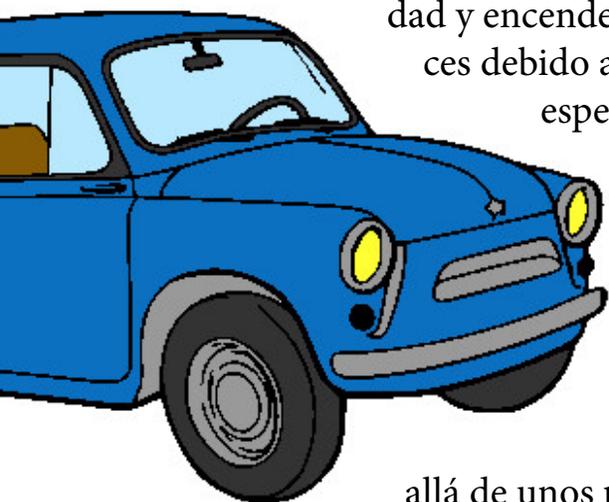
Simón Rodríguez



Sueños de nubes

Yelitza Ruiz

Al culminar la jornada de trabajo, el señor Adrián partió hacia su casa. Iba al volante de su vehículo cuando de pronto, luego de haber recorrido algunos kilómetros, debió disminuir bruscamente la velocidad y encender las luces debido a una



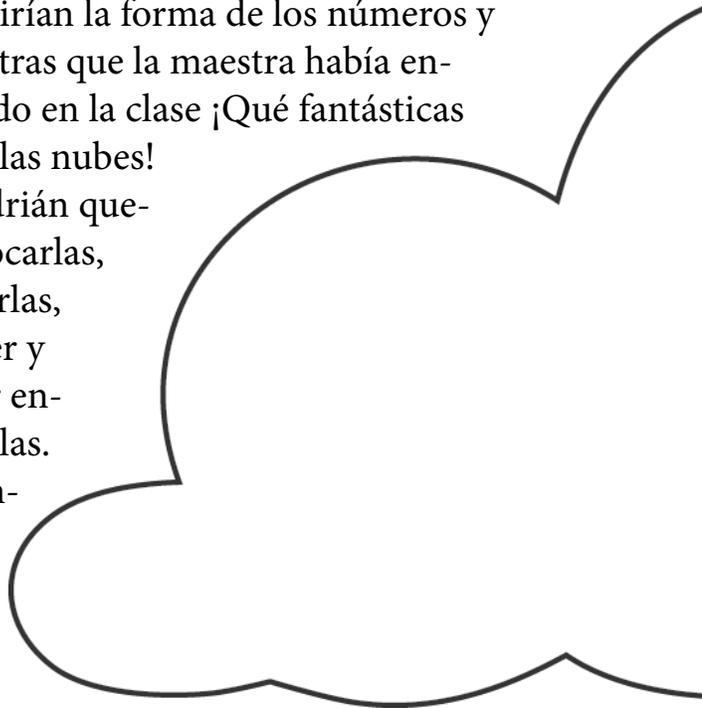
espesa neblina que no le permitía distinguir más allá de unos pocos pasos. Era extraño que eso ocurriera

en aquellas tierras poco montañosas y a esas horas del día... Después, recordando, comprendió lo que sucedía...

De niño, soñaba con andar entre las nubes. Se pasaba horas recostado al tronco de un gran árbol en el patio de su casa mirando al cielo, observando aquellas grandes motas de algodón, como él las llamaba. Tenían formas de diversos animales, como caballos salvajes, monos juguetones y tiburones de grandes dientes. Otras nubes parecían niños jugando a la pelota; algunas eran muy semejantes a cohetes en pleno despegue, y otras veces podía distinguir amigables gigantes caminando a grandes zancadas. Algunas nubes adquirían la forma de los números y las letras que la maestra había enseñado en la clase ¡Qué fantásticas eran las nubes!

Adrián quería tocarlas, sentirlas, correr y jugar entre ellas.

Cuando su papá le dijo que volarían entre las nubes el siguiente fin de semana, Adrián no podía



creerlo. Pensó que cuando eso ocurriera él y su papá se divertirían como nunca: correrían entre las nubes, jugarían a las escondidas ocultándose tras ellas y quizás hasta pudieran hacer figuras con las nubes, como si fueran espuma. Pero cuando ese día llegó, se sintió defraudado. El volar entre las nubes que le había prometido su papá solo consistió en un viaje de 40 minutos en un avión lleno de pasajeros, con todas las ventanillas cerradas, y mirando, casi sin poder distinguir, por la velocidad, las nubes que eran una y otra vez atravesadas por el avión. ¡Eso no era lo que había imaginado!

Esa noche al regresar del viaje con su papá, se fue triste a la cama y sin poder contener las lágrimas, deseó profundamente sentir, al menos por un instante, el rozar de esas sus favoritas motas de algodón.

Al día siguiente, al levantarse, quedó fascinado: Allí estaba. Era una gran nube que había bajado hasta su patio. Podía verla y tocarla finalmente: Era blanca, como pequeñas gotitas que humedecían todo a su paso. Casi no podía distinguir los árboles o las flores ¡La nube estaba por todos lados! Ésa debía ser uno de aquellos amables y alegres gigantes que él había visto tantas veces en el cielo. ¡Era increíble! Llamó a su papá y juntos jugaron, saltaron, y disfrutaron con esa nube gigante,

hasta que los rayos del sol comenzaron a brillar y poco a poco la nube fue subiendo hasta quedar suspendida nuevamente en el cielo.

El sonido de la corneta del vehículo que andaba tras el del señor Adrián vino a sacarlo de sus recuerdos. Sonrió y reanudó la marcha. Se sentía feliz. Aunque el departamento de meteorología invadía los noticieros de la radio, explicando técnicamente las causas de la aparición súbita de la neblina, el señor Adrián supo que aquel inusual fenómeno era producto del sueño de jugar entre las nubes, de algún niño de aquel humilde poblado por donde él entonces transitaba.

FIN

Cuando veas aparecer una espesa neblina, ten por seguro que es una nube con la que algún niño ha soñado jugar...

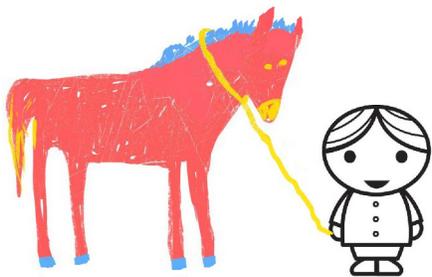


✂ Lean en su clase este cuento y conversen sobre lo siguiente: ¿cuáles son las características de

Adrián niño y Adrián adulto? ¿Qué pensaste mientras escuchabas esta historia? y ¿Cuál es el mensaje que da al lector?

La I latina

José Rafael Pocaterra



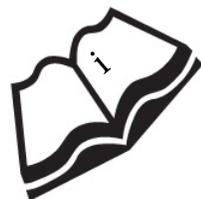
—¡**N**o, no era posible! andando ya en siete años y burrito, burrito, sin conocer la o por lo redondo y dando más que hacer que una ardi-lla.

—¡Nada! ¡Nada!— dijo mi abueli-ta—. A ponerlo en la escuela...

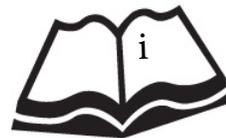
Y desde ese día, con aquella eficacia activa en el milagro de sus setenta años, se dio a buscarme una maes-

tra. Mi madre no quería; protestó que estaba todavía pequeño, pero ella insistió resueltamente. Y una tarde al entrar de la calle, deshizo unos envoltorios que le trajeron y sacando un bulto, una pizarra con su esponja, un libro de tipo gordo y muchas figuras y un atadito de lápices, me dijo poniendo en mí aquella grave dulzura de sus ojos azules:

—¡Mañana, hijito, casa de la señorita que es muy buena y te va a enseñar muchas cosas...!



Yo me abracé a su cuello, corrí por toda la



casa, mostré a los sirvien-tes mi bulto nuevo, mi pizarra flamante, mi libro, todo marcado con mi nombre en la magnífica letra de mi madre, un libro que se me antojaba un cofrecillo sorprendente, lleno de maravillas! Y la tarde esa y la noche sin quererme dormir, pensé cuántas cosas podría leer y saber en aquellos grandes librotos forrados de piel que dejó mi tío el que fue abogado y que yo hojeaba para admirar las viñetas y las rojas mayúsculas y los montoncitos de caracteres manuscritos que llenaban el margen amarillento.

Algo definitivo decíame por dentro que yo era ya una persona capaz de

ir a la escuela.

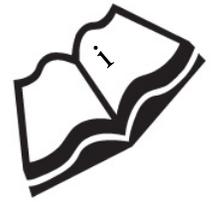
II

¡Hace cuántos años, Dios mío! Y todavía veo la casita humilde, el largo corredor, el patiecillo con tiestos, al extremo una cancela de lona que hacía el comedor, la pequeña sala donde estaba una mesa negra con una lámpara de petróleo en cuyo tubo bailaba una horquilla. En la pared había un mapa desteñido y en el cielo raso otro formado por las goteras. Había también dos mecedoras desfondadas, sillas; un pequeño aparador con dos perros de yeso y la mantequillera de vidrio que fingía una clueca echada en su nido; pero todo tan limpio y tan viejo que dijérase surgido así mismo, en los mismo sitios desde el comienzo de los siglos.

Al otro extremo del corredor, cerca de donde me pusieron la silla enviada de casa desde el día antes, estaba un tinajero pintado de verde con una vasija rajada; allí un agua cristalina en gotas musicales, largas y pausadas, iba cantando la marcha de las horas. Y no sé por qué aquella piedra de filtrar llena de yerbajos, con su moho y su olor a tierras húmedas, me evocaba ribazos del río



o rocas avanzadas sobre las olas del mar...



Pero esa mañana no estaba yo para imaginaciones, y cuando se marchó mi abuelita, sintiéndome sólo e infeliz entre aquellos niños extraños, que me observaban con el rabillo del ojo, señalándome; ante la fisonomía delgadísima de labios descoloridos y nariz cuyo lóbulo era casi transparente, de la Señorita, me eché a llorar. Vino a consolarme, y mi desesperación fue mayor al sentir en la mejilla un beso helado como una rana.

Aquella mañana de “niño nuevo” me mostró el reverso de cuanto había sido ilusorias visiones de sapiencia... así que en la tarde, al volver para la escuela, a rastras casi de la criada, llevaba los párpados enrojecidos de llorar, dos soberbias nalgadas de mi tía y el bulto en banderola con la pizarra y los lápices y el virginal Mandevil tamborileando dentro de un modo acompasado y burlón.

III

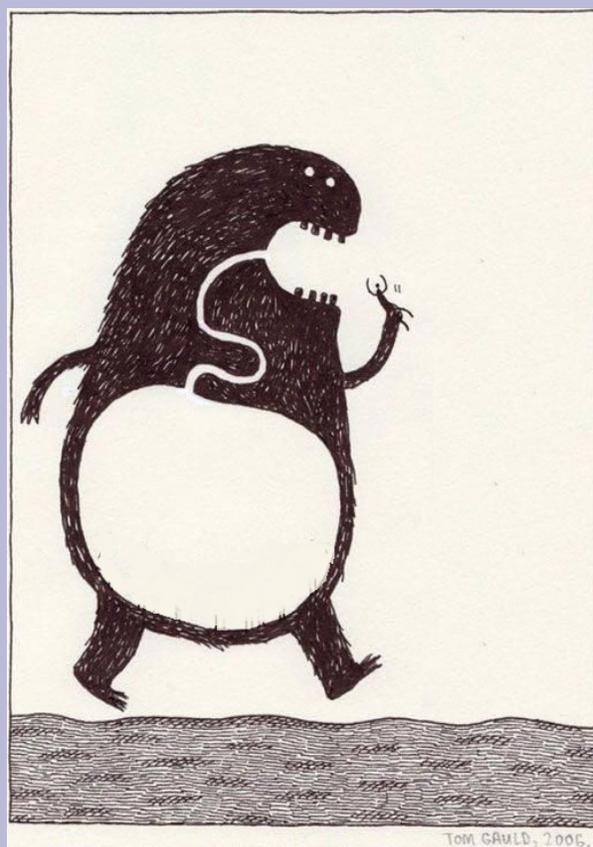
Luego tomé amor a mi escuela y a mis condiscípulos: tres chiquillas

feucas, de pelito azafranado y medias listadas, un gordinflón que se hurgaba la nariz y nos punzaba con el agudo lápiz de pizarra; otro niño flaco, triste, ojerudo, con un pañuelo y unas hojas siempre al cuello y oliendo a aceite; y martica, la hija del herrero de enfrente que era alemán. Siete u ocho a lo sumo: las tres hermanas se llamaban las Rizar, el gordinflón José Antonio, Totón, y el niño flaco que murió a poco, ya no recuerdo cómo se llamaba. Sé que murió porque una tarde dejó de ir, y dos semanas después no hubo escuela.

La Señorita tenía un hermano hombre, un hermano con el cual nos amenazaba cuando dábamos mucho qué hacer o estallaba una de esas extrañas rebeldías infantiles que delatan a la eterna fiera.

—¡Sigue! ¡Sigue rompiendo la pizarra, malcriado, que ya viene por ahí Ramón María!

Nos quedábamos suspensos, acobardados, pensando en aquel terrible Ramón María que podía llegar de un momento a otro... Ese día, con más angustia que nunca, veíamosle entrar tambaleante como siempre, oloroso a reverbero, los ojos aguados, la nariz de tomate y un paltó dril verdegay.



Sentíamos miedo y admiración hacia aquel hombre cuya evocación sola calmaba las tormentas escolares y al que la Señorita, toda tímida y confusa, llevaba del brazo hasta su cuarto, tratando de acallar unas palabrotas que nosotros aprendíamos y nos las endosábamos unos a otros por debajo del Mandevil.

—¡Los voy a acusar con la Señorita! —protestaba casi con un chillido Marta, la más resuelta de las hembras.

—La Señorita y tú... —y la interjección fea, inconsciente y graciosísima, saltaba de aquí para allá como

una pelota, hasta dar en los propios oídos de la Señorita.

Ese era día de estar alguno en la sala, de rodillas sobre el enladrillado, el libro en las manos, y las orejas como dos zanahorias.

—Niño, ¿por qué dice eso tan horrible? —me reprendía afectando una severidad que desmentía la dulzura gris de su mirada.

—¡Porque soy hombre como el señor Ramón María!

Y contestaba, confusa, a mi atrevimiento:

—Eso lo dice él cuando está “enfermo”

IV

A pesar de todo, llegué a ser el predilecto. Era en vano que a cada instante se alzase una vocecilla:

—¡Señorita, aquí el “niño nuevo” me echó tinta en un ojo!

—Señorita, que el “niño nuevo” me está buscando pleito.

A veces era un chillido estridente seguido de tres o cuatro mojicones:

—¡Aquí...! Venía la reprimenda, el castigo; y luego más suave que nunca, aquella mano larga, pálida, casi transparente de la solterona me iba enseñando con una santa paciencia a conocer las letras que yo ditinguía por un método especial: la A, el hombre con las piernas abiertas —y evocaba mentalmente al señor Ramón María cuando entraba “enfermo” de la calle—; la O, al señor gordo —pensaba en el papá de Totón—; la Y griega una horqueta —como la de la china que tenía oculta—; la I latina, la mujer flaca —y se me ocurría de un modo irremediable la figura alta y desmirriada de la Señorita... Así conocí la Ñ, un tren con su penacho de humo; la P, el hombre con el fardo; y la & el tullido que mendigaba los domingos a la puerta de la iglesia.



Comuniqué a los otros mis mejoras al método de saber las letras, y Marta —¡como siempre!— me denunció:

—¡Señorita, el “niño nuevo” dice que usted es la I latina!

Me miró gravemente y dijo sin ira, sin reproche siquiera, con una amargura temblorosa en la voz, queriendo hacer sonrisa la mueca en sus labios descoloridos:



—¡Si la I latina es la más desgraciada de las letras... puede ser!

Yo estaba avergonzado; tenía ganas de llorar. Desde ese día cada vez que pasaba el puntero sobre aquella letra, sin saber por qué, me invadía un oscuro remordimiento.

V

Una tarde a las dos, el señor Ramón María entró más “enfermo” que de costumbre, con el saco sucio de la cal de las paredes. Cuando ella fue a tomarle del brazo, recibió un empujón yendo a golpear con la frente un ángulo del tinajero. Echamos a

reír; y ella, sin hacernos caso, siguió detrás con la mano en la cabeza... Todavía reíamos, cuando una de las niñas, que se había inclinado a palpar una mancha oscura en los ladrillos, alzó el dedito teñido de rojo:

—Miren, miren: ¡le sacó sangre!

Quedamos de pronto serios, muy pálidos, con los ojos muy abiertos. Yo lo referí en casa y me prohibieron, severamente, que lo repitiese. Pero días después, visitando la escuela el señor inspector, un viejecito pulcro, vestido de negro, le preguntó delante de nosotros al verle la sienvendada:

—¿Cómo que sufrió algún golpe, hija?

Vivamente, con un rubor débil como la llama de una vela, repuso azorada:

—No señor, que me tropecé...

—Mentira, señor inspector, mentira —protesté rebelándome de un modo brusco, instintivo, ante aquel angustioso disimulo— fue su hermano, el señor Ramón María que la empujó, así... contra la pared... —y expresivamente le pegué un empujón formidable al anciano.

—Sí, niño, sí ya sé... —masculló

trastumbándose.

Dijo luego algo más entre dientes; estuvo unos instantes y se marchó. Ella me llevó entonces consigo hasta su cuarto; creí que iba a castigarme, pero me sentó en sus piernas y me cubrió de besos; de besos fríos y tenaces, de caricias maternas que parecían haber dormido mucho tiempo en la red de sus nervios, mientras que yo, cohibido, sentía que al par de la frialdad de sus besos y del helado acariciar de sus manos, gotas de llanto, cálidas, pesadas, me caían sobre el cuello. Alcé el rostro y nunca podré olvidar aquella expresión dolorosa que alargaba los grises ojos llenos de lágrimas y formaba en la enflaquecida garganta un nudo angustioso.

VI

Pasaron dos semanas, y el señor Ramón María no volvió a la casa. Otras veces estas ausencias eran breves, cuando él estaba “en chirona”, según nos informaba Tomasa, única criada de la Señorita que cuando ésta salía a gestionar que le soltasen, quedábase dando la escuela y echándonos cuentos maravillosos del pájaro de los siete colores, de la princesa Blanca—flor o las tretas siempre renovadas y frescas que le jugaba tío conejo a tío tigre.

Pero esta vez la Señorita no salió; una grave preocupación distraía la en mitad de las lecciones. Luego estuvo fuera dos o tres veces; la criada nos dijo que había ido a casa de un abogado porque el señor Ramón María se había propuesto vender la casa.

Al regreso, pálida, fatigada, quejándose la Señorita de dolor de cabeza; suspendía las lecciones, permaneciendo absorta largos espacios, con la mirada perdida en una niebla de lágrimas... Después hacía un gesto brusco, abría el libro en sus rodillas y comenzaba a señalar la lectura con una voz donde parecían gemir todas las resignaciones de este mundo:

—Vamos, niño: “Jorge tenía un hacha...”

VII

Hace quince días que no hay escuela. La Señorita está muy enferma. De casa han estado allá dos o tres veces. Ayer tarde oí decir a mi abuela que no le gustaba nada esa tos...

—No sé de quién hablaban.

VIII

La Señorita murió esta mañana a las seis...

IX

Me han vestido de negro y mi abuelita me ha llevado a la casa mortuoria. Apenas la reconozco: En la repisa no están ni la gallina ni los perros de yeso; el mapa de la pared tiene atravesada una cinta negra; hay muchas sillas y mucha gente de duelo que rezonga y fuma. La sala llena de vecinas rezando. En un rincón estamos todos los discípulos, sin cuchichear, muy serios, con esa inocente tristeza que tienen los niños enlutados. Desde allí vemos, en el centro de la salita, una urna estrecha, blanca y larguísima que es como la Señorita y donde ella está metida. Yo me la figuro con terror: el Mandevil abierto, enseñándome con el dedo amarillo, la I, la I latina precisamente.

A ratos, el señor Ramón María que recibe los pésames al extremo del corredor y que en vez del saco dril verdegay luce una chupa de un negro azufroso, va a su encuentro y vuelve. Se sienta suspirando con el bigote lleno de gotitas. Sin duda ha llorado mucho porque tiene los ojos más lacrimosos que nunca y la nariz encendida, amoratada.

De tiempo en tiempo se suena y dice en alta voz:

—¡Está como dormida!

X

Después del entierro, esa noche, he tenido miedo. No he querido irme a dormir. La abuelita ha tratado de distraerme contando lindas historietas de su juventud. Pero la idea de la muerte está clavada, tenazmente, en mi cerebro. De pronto la interrumpo para preguntarle:

—¿Sufrirá también ahora?

—No —responde, comprendiendo de quién le hablo— ¡la Señorita no sufre ahora!

Y poniendo en mí aquellos ojos de paloma, aquel dulce mirar inolvidable, añade:

—¡Bienaventurados los mansos y humildes de corazón porque ellos verán a Dios!...

Fuente: Tomado del libro “Cuentos grotescos” (Monte Ávila).



- ▶ Conversen en clase sobre este cuento.
- ▶ ¿Cuáles son sus mensajes?
- ▶ Investiguen sobre su autor: José Rafael Pocaterra.

Morir y nacer

Joelys Izturis

A veces la mayoría de las personas que llegan a nuestras vidas simplemente aparecen. Algunas para quedarse, y otras por el contrario son un breve parpadeo de estadía. Por algunas sueles dar todo y hasta más de lo que no tienes, obviando por completo lo seca que puedas llegar a quedarte. Porque sí, a pesar de lo trágicas que sean las costumbres, nos aferramos a ellas. Si algo es definitivo es que desde un principio, quien decide marcharse, se lleva un pedazo de ti. No toda persona que conozcas pensará igual a ti, ni mucho menos. He de decir que no importa lo mucho que des, a veces puede destrozarse por com-

pleto, y sentirás que tu orgullo va en picada tal cual roca a su máxima velocidad por una pendiente. Pero déjame decirte también que dar jamás será en vano. Que pérdida no hace referencia a la dignidad. Si das, jamás estarás perdiendo. Están los que valoran y los que tienen empañado el corazón. No hay nada más increíble que hacer algo dando todo de ti; sin reservas, sin dudas, sin miedos, sin arrepentimiento alguno. Y aunque parezca invariable en ciertos momentos la veracidad de la supuesta felicidad que todo esto produzca, entrégate por completo. Duelen las suposiciones, la destructividad que nuestra mente puede crear ante cualquier situación. Para peor fatalidad, el aferramiento. Hay de quienes se lanzan por el precipicio de un riesgo que capaz no tenga recompensa, pero eso no importa en lo absoluto. Sentir es de las mejores virtudes que existen. Quien no siente no muere. Muere por nacer.



Pueden leer otros de sus escritos en Instagram:
[@unsorbodedelirios](https://www.instagram.com/unsorbodedelirios)

Como si el loco fuera yo

Fedosy Santaella

Hoy en la mañana, una voz amable y correcta se me acercó bajo la lluvia.

—Hola, buenos días. Caballero, por favor, me presta su paraguas un momento, ya se lo devuelvo.

El hombre que hablaba venía con un periódico sobre la cabeza. Tendría unos cincuenta años, usaba bigotes gruesos y lentes, y también portaba una buena porción de canas. Tenía aspecto de persona seria. Pero por lo que acababa de decir, parecía no serlo. También cabía la posibilidad de que fuese un loco, de los tantos que sobran en la ciudad. Me quedé



con esta última idea, y le respondí:

—Espérame ahí mismo que ya vengo.

Orgullosa de mi sagaz respuesta seguí mi camino. Por lo general, ante este tipo de situaciones, no encuentro qué decir o digo cualquier cosa y hago el ridículo. Pero esta vez yo iba con la frente en alto, y sentí que caminaba como caminaría Batman luego de propinarle una buena paliza a cinco villanos.

Media hora más tarde había terminado mi diligencia. Aún llovía



Les invitamos a enviarnos sus
poemas, reseñas de sus proyectos de aula vinculados a la literatura, cuentos,
fábulas, cartas, y más...
revista.lagarcitaazul@gmail.com



la **g**ardita azul

Zona Educativa y Dirección de Educación del Estado Bolivariano de Miranda / Ministerio del Poder Popular para la Educación

